

El ascenso obrero. La huelga general de 1936

El ascenso del movimiento obrero hacia mediados de la década

A mediados de la década, la superación del impacto de la crisis y las condiciones laborales impulsaron un proceso de ascenso de la conflictividad social.

Los principales sectores movilizados fueron los de las ramas industriales y los trabajadores de la construcción, cuyas acciones tenían lugar independientemente de la CGT. Estos movimientos favorecieron el fortalecimiento de los sindicatos de industrias existentes o la formación de nuevos gremios, que fueron adoptando métodos de organización más centralizados y disciplinados: el Sindicato Obrero Único de la Madera (SUOM), la Federación Obrera del Vestido (FOV), la Unión Obrera Textil (UOT), los sindicatos obreros de la industria metalúrgica y del calzado.

La expresión más importante de este proceso fue el Sindicato de Obreros Albañiles, del Cemento Armado y Anexos, que a comienzos de 1936 dio origen a la Federación Obrera Nacional de la Construcción (FONC). Las organizaciones sindicales por rama, de dimensión nacional, se consolidaron en la segunda mitad de la década, como la misma Federación Obrera de la Construcción, la Confederación General de Empleados de Comercio (CGEC), la Federación Obrera de la Alimentación (FOA), la Federación Nacional de la Industria de la Madera (FNIM), la Confederación de Obreros y Empleados Municipales (COEM). Estos sindicatos revitalizaron las prácticas de acción directa –huelgas, piquetes, movilización, agitación– e incorporaron la exigencia de que se crearan sistemas de negociación colectiva. Las huelgas volvieron a ser largas y violentas y obligaron al Estado a intervenir a través del Departamento Nacional del Trabajo (DNT). La reorganización de esta dependencia, en 1935, reflejó la voluntad del Estado de incrementar su presencia en el manejo de las relaciones laborales, adoptando un rol más activo en la gestión de la mano de obra, intercediendo en los conflictos y reorganizando el control estadístico sobre los trabajadores y sus condiciones laborales y de vida.

Hacia el año 1935, las huelgas dieron un viraje: dejaron de ser un mecanismo defensivo y su número creció notoriamente, lo que produjo un significativo cambio en el resultado de los conflictos: “Según cálculos del DNT, en 1934 los trabajadores sólo habían ganado el 13 % de las huelgas realizadas en la Capital, mientras perdían el 73,7 % y en el resto se llegaba a un acuerdo. Hacia 1936, los trabajadores tenían una expectativa de victoria mucho mayor: en el 31,7 % de los conflictos ganaron, sólo perdieron el 42,3 % y ese porcentaje siguió bajando”¹.

Ocurría que para 1935 se consolidaba la recuperación económica en base al avance de la industrialización parcial iniciada unos años antes. De esta forma, se reducían los niveles de desocupación a la par que se fortalecía el peso social de la nueva clase obrera industrial. Fue esta nueva situación la que favoreció la lucha contra las duras condiciones de trabajo y los bajos salarios que seguían reinando en las fábricas y establecimientos.

En el año 1935, como hemos mencionado, las huelgas crecieron en número. Aunque algunos medios oligárquicos, como el diario *La Prensa*, hablaban de 180 huelgas

¹ Horowitz, “El movimiento obrero...”, pp. 261-262.

realizadas en aquel año, lo cierto es que ascendieron a 69 y aglutinaron a más de 50.000 huelguistas. Para 1936, se registró un record con 87 huelgas con casi 300.000 participantes. De conjunto, las acciones obreras originaron una pérdida de jornadas de trabajo superior a los 4.000.000 de días². Solamente en Ciudad de Buenos Aires, la cantidad de huelguistas triplicaron el número de 1929³.

Entre las huelgas realizadas aquel año se destacaron la de los obreros de la madera y del gremio de la construcción, además de las de los obreros y obreras textiles y del gremio del vestido. La gran huelga del gremio de la construcción, iniciada a fines del mes de octubre y extendida hasta principios de 1936, desembocó en la primera huelga general realizada desde golpe militar en 1930. Los obreros nuevamente, como había ocurrido en 1919, controlaron las calles de la Ciudad de Buenos Aires. Esta huelga —que se convirtió en la más masiva, combativa y extensa de la última década y media— tuvo como influjo el conflicto previo de los obreros de la madera, llevado adelante a partir del mes de mayo de 1935.

Motivados por el triunfo que habían alcanzado en 1934 y luego de la unificación del SUOM con un pequeño sindicato que respondía a la CGT, en abril de año siguiente, los obreros de la madera comenzaron a realizar masivas asambleas. El objetivo era exigir el reconocimiento del sindicato, la reducción de la semana laboral a 40 horas, la prohibición del trabajo sabatino, el despido sin causa y el trabajo a destajo, entre otras demandas. El 2 de mayo de 1935 más de 15.000 obreros madereros iniciaban la huelga que se extendió hasta el mes de setiembre. Como resultado, esos trabajadores se alzaron con un importante triunfo: el SUOM se convirtió en el primer sindicato en obtener la semana de trabajo de 40 horas. La conquista redundó en un importante prestigio para el sindicato, e influyó en los propios obreros de la construcción. De ahí que Mateo Fossa, quien había sido el principal dirigente del comité de huelga de los obreros de la madera, se convirtiese luego en el secretario general del Comité de Defensa y Solidaridad con los Obreros de la Construcción.

La ruptura de la CGT

Como plantea Edgardo Bilsky, las transformaciones que vivía el movimiento obrero por estos años no podían sino provocar una acumulación de “factores de presión sobre las estructuras cristalizadas del movimiento obrero”⁴, que se manifestaban no solo en el avance de tendencias más radicalizadas, sino también en la crisis de la cúpula de la dirección sindical, como se expresó en la ruptura de la central en 1935, en el contexto de las disputas entre socialistas y *sindicalistas* al interior de la propia CGT.

Cuando José Domenech, de origen socialista y dirigente de la Unión Ferroviaria (UF), pretendió ampliar la representación de su gremio en la CGT, el avance fue resistido por la Junta Ejecutiva. Este hecho dio lugar a lo que se conoció como “el golpe en la CGT” y a su división. El 12 de diciembre de 1935, la Comisión Directiva de la UF junto con los dirigentes de La Fraternidad, del Sindicato de Comercio, ATE y la UOM ocupaban las dependencias de la CGT expulsando a los dirigentes *sindicalistas*. A partir de aquel día, la central se dividió en dos: la “CGT Independencia”, bajo el control socialista, y la

² Durruty, Celia. Clase obrera y peronismo, (Córdoba: Ediciones Pasado y Presente, 1969) p. 116.

³ Departamento Nacional del Trabajo, Investigaciones Sociales, Bs. As., Ministerio del Interior, 1939.

⁴ Bilsky, Edgardo. Esbozo de historia del movimiento obrero argentino: desde sus orígenes hasta el advenimiento del peronismo, (Buenos Aires: Fundación Simón Rodríguez, 1988).

“CGT Catamarca”, dirigida por los *sindicalistas*. Los disidentes acusaban a las autoridades destituidas de desconocer la voluntad mayoritaria de los gremios y de querer perpetuarse en el poder apoyándose en sectores minoritarios del movimiento obrero y criticaban su concepción de prescindencia política.

La CGT Catamarca conservó —entre los gremios más importantes— la adhesión de los marítimos, telefónicos y algunos gremios de oficio más pequeños. Fue su debilidad la que convenció a los *sindicalistas*, dos años más tarde, en 1937, de fundar otra central. Para esto, resucitaron la USA con 42 organizaciones y 32.000 cotizantes⁵. Por su parte, la CGT Independencia reunió su Congreso Constituyente en 1936 y eligió a Domenech como secretario general. Desde comienzos de 1935, a la par que la dirección del PC discutía el giro hacia los frentes populares, los dirigentes obreros comunistas comenzaron a testear el ingreso de los sindicatos de la construcción, de la carne y metalúrgicos a la CGT (el Sindicato Unificado de los Obreros de la Madera ya había ingresado a fines de enero de aquel año). Fue recién en abril cuando la dirección de la CGT admitió la solicitud de los sindicatos comunistas, pero bajo la aclaración de que no aceptaría ninguna consigna proveniente de grupos exteriores. Este condicionamiento los obligaba a la disolución del CUSC, que se concretó “para facilitar la tarea urgente de reforzar la unidad sindical”. Finalmente, en enero de 1936, una vez finalizada la crisis y asentada la conducción de los socialistas de la ahora CGT Independencia, los comunistas, que entretanto habían cambiado su orientación política general, como veremos, pudieron ingresar a la central, que contaba entonces con casi 300.000 afiliados.

El PC y el giro a la política de frentes populares

El viraje hacia la política “frentepopulista” fue adoptado en el VII Congreso de la Internacional Comunista, reunido entre el 25 de julio y el 20 de agosto de 1935. Desde los inicios de ese año y por orden de la burocracia soviética, el PC argentino comenzó a discutir este giro. Desde entonces, se fueron sucediendo distintas reuniones de sus organismos de dirección, de los que comenzaron a ser desplazados los dirigentes identificados como defensores de las “desviaciones sectarias” y se cerró *Soviet*, que era la revista teórica que fundamentaba la anterior orientación de “clase contra clase”. En el mes de mayo se anunciaba, por primera vez, la adopción de la política elaborada por la dirección de la Internacional Comunista para la intervención sindical, electoral, estudiantil y juvenil. A partir de ese momento, todas estas tácticas estuvieron englobadas en la “creación de un gran frente nacional y popular, antireaccionario, antimonopolista y antifeudal”. En la sesión de su Comité Central, realizado en junio de 1935, se pasaba a adoptar definitivamente la política de Frente Popular. Allí se resolvió “impulsar acuerdos con los partidos democráticos y de oposición al régimen conservador”.

De la orientación sectaria y ultraizquierdista del tercer período, el PC pasaba a considerar que en el país se vivía una lucha entre “un amplio campo de las fuerzas obreras, populares, antifascistas y progresistas y un reducido bloque oligárquico, reaccionario y facistizante”. Finalmente, la estrategia del Frente Popular fue ratificada por la III Conferencia Nacional del PC argentino realizada en la localidad de Avellaneda,

⁵ Del Campo. Sindicalismo y peronismo... p. 135.

el 20 de octubre de 1935, es decir, tres días antes de que se iniciara la histórica huelga de los obreros de la construcción.

El acto del 1° de mayo de 1936 fue expresión de esta orientación política. Aunque no logró ser el puntapié inicial del Frente Popular que el PC ansiaba formar, alcanzó para darle a la jornada de lucha y solidaridad internacional de los trabajadores el carácter de un acto en el que la CGT, el PS y el PC se reunían con los partidos representantes de sectores de la burguesía, la UCR y el Partido Demócrata Progresista. Esto ocurría en el mismo año en que se había desarrollado la huelga general más combativa de la década y contra la tradición de independencia de clase que los trabajadores argentinos expresaron siempre hasta entonces, en esta fecha.

Al año siguiente, el PC buscó darle expresión política a la línea frentepopulista en la conformación de una gran alianza opositora al gobierno conservador junto a la UCR, el PDP y el PS. Con este objetivo aliancista, en las elecciones presidenciales de 1937, los comunistas llamaron a votar al conservador candidato radical Marcelo T. de Alvear.

La política laboral estatal. La relación de las direcciones sindicales con el Estado

El fortalecimiento del aparato estatal fue una de las transformaciones que se operaron en la década del 30. Si bien el régimen que se inauguró en 1943, y fundamentalmente el peronismo, consolidaron el sistema de regulación del trabajo, durante los años 30 se manifestaron formas de intervencionismo estatal como intermediador del conflicto social y las relaciones laborales (Ricardo Gaudio y Jorge Pilone, “Estado y relaciones obrero-patronales en los orígenes de la negociación colectiva en Argentina”).

Las direcciones sindicales respondieron a esta política estatal. En febrero de 1936, desde la CGT Independencia los socialistas criticaban a los sindicalistas: “Se percibe fácilmente, a poco que se examinen los hechos y los no hechos de la CGT en su lustro de existencia, el cordón umbilical que los une con las esferas del gobierno (...). Su ‘prescindencia’ les sirvió, así, para captarse las simpatías de las autoridades, representantes de los partidos burgueses, etc., a cuyas esferas se vinculaban en la misma proporción en que su pretendido odio o repulsa por la política sólo se manifestaba frente a la acción política de la clase obrera”.

Sin embargo, estos críticos no dejaron de establecer vínculos con el gobierno. Con mayor claridad se expresaron en la experiencia mantenida con el entonces gobernador de la provincia de Buenos Aires, Manuel Fresco, quien llegó más lejos en la práctica de intervención estatal en la regulación de las relaciones laborales. En su periódico, por ejemplo, declaraban al “Dr. Fresco, y a sus altos funcionarios, acompañado por el secretario adjunto Camilo Almarza, militante socialista, su más absoluta solidaridad con la política social (...) que siguen en el primer estado argentino”.

La concepción y las prácticas “sindicalistas” superaban el marco de las organizaciones reconocidas como tales; en el terreno sindical muchas veces era difícil diferenciar en este plano a los dirigentes de una y otra corriente.

En el caso del PC, la concreción de un acercamiento con el Gobierno encontraba el obstáculo de que la política represiva los tenía como blanco. Por esto, el PC intentó cuantas veces pudo limitar la combatividad de las medidas de lucha que encabezó para mostrarse como una dirección “confiable”. Y, cuando la ocasión se dio, hicieron ostentación de las relaciones con las esferas del Gobierno: “El 10 de enero de 1943, por ejemplo, la FOIC realizó un festival para celebrar la obtención de vacaciones y otras mejoras, al que asistieron el gobernador de la provincia de Buenos Aires, Rodolfo Moreno, su ministro de gobierno Vicente Solano Lima, senadores, diputados y otros altos funcionarios. José Peter lo recuerda con orgullo en sus memorias” (Del Campo, *Sindicalismo y peronismo*).

Ascenso obrero: La huelga de la construcción y la huelga general de 1936

La huelga de los obreros de la construcción⁶ de Buenos Aires comenzó el 23 de octubre de 1935 y fue la más extensa, masiva y radicalizada del período, se extendió a lo largo de casi 100 días y congregó a unos 60.000 obreros que representaban el 95 % de los ocupados en la rama. Esta huelga fue planificada y organizada en distintas asambleas convocadas por la Federación Obrera de Sindicatos de la Construcción (FOSC) durante el mes de septiembre de 1935. La FOSC reunía de manera centralizada a distintos sindicatos con jurisdicción en la Ciudad de Buenos Aires⁷.

Luego de la fuerte contracción provocada por la crisis del 29, la industria de la construcción alcanzó un enorme empuje a partir de los años 1933 y 1934, incorporando grandes destacamentos de trabajadores desocupados. La rama, a su vez, estaba monopolizada por un puñado de grandes empresas de capital extranjero, principalmente alemanas, y entre las principales se encontraban Siemens Baunion, Wayss & Freytag, Polledo y Cía.; las vinculaciones de la Compañía General de Construcciones y la Siemens Baunion con el régimen nazi eran por todos conocidas. Añorando los campos de concentración de su patria, las obras en construcción trataban de emularlos: 11 horas diarias promedio, y hasta en algunos casos 14, pésimas condiciones de seguridad y salarios paupérrimos conformaban la realidad del obrero de la construcción.

Los trabajadores reclamaban el reconocimiento del sindicato, mejoras salariales, de condiciones de trabajo, reducción de la jornada laboral, descanso dominical y seguro por accidentes de trabajo, exigencias que se presentaban en momentos en que la industria de la construcción vivía un importante crecimiento y, por tanto, una gran demanda de fuerza de trabajo. El derrumbe en un obraje del barrio de Belgrano, con el saldo de víctimas fatales, terminó siendo el detonante de una bronca que a esa altura era prácticamente incontenible.

Las demandas de la huelga de la construcción

El 20 de octubre de 1935, en la asamblea realizada en el salón Garibaldi, se declaraba el llamado a la huelga general si los empresarios no aceptaban el siguiente pliego de condiciones:

- 1° Reconocimiento del Sindicato Obreros Albañiles, C. Armado y Anexos.
- 2° Todos los albañiles y peones deberán estar asociados a este sindicato.
- 3° El salario mínimo será de: oficial frentista \$ 8,50, oficial albañil \$ 7,50, ½ medio oficial frentista \$ 7, ½ oficial albañil \$ 6,50, peón canchero \$ 5,50, peones en general \$ 5, el sereno deberá ser mensual con salario mínimo de \$ 1,50.
- 4° El horario será de 8 horas, cuatro por la mañana y cuatro por la tarde.

⁶ Seguimos en este tema la reconstrucción realizada por Nicolás Iñigo Carreras en su libro La estrategia de...

⁷ A mediados de 1935, el viejo Sindicato de Obreros Albañiles, Cemento Armado y Anexos de la Capital Federal dirigido por militantes del PC unificará al conjunto de los sindicatos de oficio del sector. El 22 de julio será creada la Federación Obrera de Sindicatos de la Construcción (FOSC) compuesta por los sindicatos de albañiles, pintores, yeseros, colocadores de mosaicos, colocadores de vidrio, marmolistas; más tarde se unirán los electricistas, calefaccionistas y picapedreros.

- 5° Descanso dominical absoluto; los sábados se trabajará cuatro horas por la mañana solamente. Supresión de las horas extras, salvo en caso de fuerza mayor, abonándose en ese caso el 75 % de lo estipulado en el artículo 3° y el 100 % los días declarados feriados.
- 6° El constructor no podrá tomar más de un medio oficial por cada tres oficiales.
- 7° Todo obrero que salga a trabajar fuera del radio de la Capital se le abonará el viaje de ida y vuelta.
- 8° Abolición total del trabajo a destajo.
- 9° El constructor será responsable de los accidentes de trabajo, debiendo pagar al accidentado desde el día que ocurriera el mismo. Todo obrero debe estar asegurado.
- 10° En cada obra deberá haber un botiquín con los útiles necesarios para primeros auxilios.
- 11° El pago se efectuará quincenalmente en la obra y durante el horario de trabajo cada sábado por medio.
- 12° Normas de seguridad esenciales para la construcción de los andamios.
- 13° En caso de lluvia o falta de material, al obrero que haya trabajado más de ½ hora se le pagará un cuarto de día; y si ha trabajado más de un cuarto se le pagará ½ día; será así hasta cumplir la jornada.
- 14° El constructor deberá hacer los pedidos de personal a esta Secretaría.
- 15° En cada obra deberá haber un delegado, el que tendrá la misión de controlar el cumplimiento de lo estipulado en el presente pliego.
- 16° El constructor no podrá despedir a ningún trabajador sin causa justificada.
- 17° No se tomarán represalias con los obreros que hayan participado del movimiento.

A partir de las asambleas previas al inicio del conflicto se puso en pie un comité de huelga integrado por 12 miembros entre los que se encontraban los dirigentes comunistas Fioravanti, Chiarante, Ortelli, Íscar, Fabretti y Burgas, lo que demostraba el enorme peso alcanzado por el PC en el gremio de la construcción.

La masividad de la huelga fue garantizada a través de multitudinarios mítines y asambleas obreras realizadas en Plaza Once y en el estadio Luna Park, de dimensiones nunca antes vistas en el país tratándose de actos realizados por una misma organización sindical. Junto a esto, se constituyeron comités de empresa y piquetes huelguísticos, comisiones de mujeres y de familiares de los trabajadores en paro, organismos populares de solidaridad y comedores colectivos que sostuvieron la lucha a partir del aporte de pequeños comerciantes. De este modo, se evitó que el conflicto se agotara por hambre⁸. También se organizaron colonias de vacaciones para garantizar el esparcimiento de los hijos de los obreros que durante gran parte de la huelga se encontraban en receso escolar.

Comisión de mujeres: “En defensa de nuestros compañeros”

En todo el siglo, la movilización de las mujeres se hizo sentir incluso en conflictos esencialmente organizados por sus compañeros varones. En la década del 30, la expresión más radical de esta relación se manifestó en la participación activa de las mujeres en las huelgas de la construcción.

“Como en la huelga de los ferroviarios de 1917, ellas se sumaron a las demandas de sus familiares. Así cumplieron una activa campaña de agitación por la libertad de los detenidos

⁸Hernán Camarero, “Un sindicato comunista antes del advenimiento del peronismo: el caso de la Federación Obrera Nacional de la Construcción (FONC)”, XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Universidad Nacional del Comahue, 2009.

(‘nuestras mujeres activistas han participado de la protesta en los diarios, para obtener la libertad de los presos’), formaban parte de los piquetes para paralizar el transporte y del incendio de vehículos (‘una turba compuesta de obreros, entre los cuales había numerosas mujeres’), presionaron para que se produjera el cierre de los comercios. Muchas noticias informaban sobre la cantidad de mujeres detenidas y el trato ‘desconsiderado’ que recibían cuando llevaban ropas y alimentos a los varones detenidos. También daban cuenta de la organización de comedores populares donde se alimentaban los huelguistas y sus hijos e hijas. Buscar víveres, organizar la comida, prepararla y distribuirla fueron pilares de la resistencia. En los barrios de la ciudad como Villa Devoto, Villa del Parque, Villa Mitre, Urquiza, Parque Patricios, Flores, Chacarita, Villa Crespo, Paternal y Mataderos, las mujeres promovieron y realizaron numerosas acciones que favorecieron el sostenimiento de la huelga” (Mirta Zaida Lobato, *Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)*).

Mientras las empresas rechazaban el pliego de reivindicaciones levantado por los obreros en lucha, el repudio masivo hacia aquellas creaba un clima favorable para la continuidad de la huelga. El sindicato desplegó entonces la publicación de su órgano de prensa, *El Andamio*, y organizó las secretarías en los barrios que luego, durante la huelga, se convirtieron en comités de lucha zonales encargados de organizar piquetes y actividades de solidaridad con la huelga.

Ante el fracaso de distintos intentos de conciliación, en una asamblea del 15 de noviembre, miles de obreros reafirmaban la huelga general de toda la rama, incorporándose obreros de la mayoría de los oficios.

En diciembre, crecieron los choques callejeros entre los huelguistas y la policía en distintos puntos de la ciudad. La Legión Cívica Argentina redoblaba sus ataques y casi un centenar de obreros eran detenidos en Villa Devoto, pero la solidaridad con la huelga crecía a nivel nacional e internacional. Se realizaron actos, festivales e importantes eventos que involucraron a grandes figuras del arte y la cultura; en Uruguay fue convocada una huelga en solidaridad con sus hermanos argentinos.

El Comité de Defensa y Solidaridad

Entre noviembre y diciembre se realizaron 4 asambleas multitudinarias en el Luna Park. En una de ellas, a principios de diciembre, se formó el Comité en Defensa y Solidaridad con los Obreros de la Construcción que fue presidido por Mateo Fossa, dirigente del gremio de la madera. El Comité fue el organismo que declaró la huelga general del 7 de enero y su continuación el día 8. Aunque finalmente terminó agrupando 68 organizaciones sindicales. Entre estas se destacaban, además de los nombrados, la Federación de Obreros del Vestido, Lavadoras y Limpiadores de Autos, Aserraderos y Anexos, Sindicato de la Industria Sillera y Afines, Pintores Unidos, Obreros Portuarios, Conductores de Camiones, Carros y Anexos, Herreros de Obra, Federación Obrera de Teatro y Espectáculos Públicos, el Sindicato Obrero de la Industria Metalúrgica, Sindicato de Picapedreros, Unión Obreros Expendedores de Nafta, la Federación Obrera Local de La Plata.

Al principio, fue integrado por la Federación Obrera Marítima, la Federación de Obreros de la Construcción Naval, la Federación Obrera de San Fernando, el Sindicato Único de Obreros de la Madera y la Federación Obrera de la Construcción. Sumándose con sus propias demandas y objetivos, algunas de las organizaciones adherían al Comité de Solidaridad y a la huelga por este declarada manifestando su solidaridad con los obreros de la construcción. El día 6 el Comité comenzó a emplazar diferentes asambleas, organizadas de forma tal que los

huelguistas y manifestantes pudieran avanzar desde la periferia hacia el centro de la ciudad. (Nicolás Iñigo Carrera, *La estrategia de la clase obrera 1936*)
El Comité de Solidaridad y Defensa fue una instancia decisiva pues se convirtió en un organismo de frente único obrero que dirigía una huelga general que involucraba a alrededor de 220.000 trabajadores.

La huelga general del 7 y 8 de enero de 1936

El 21 de diciembre, en un acto organizado en Plaza Once por el Comité de Solidaridad y del que participaron, según los organizadores, 100.000 trabajadores, se discutió la continuidad de la huelga. Finalmente, y tras un largo debate, el 4 de enero, una nueva reunión resolvió convocar a la huelga general del 7 de enero de 1936, que se extendió hasta el día 8 en repudio a la represión y exigiendo la libertad de los detenidos durante el día anterior.

Con la huelga general, la ya heroica lucha reivindicativa de los obreros de la construcción se transformaba en una verdadera batalla obrera y popular que emulaba las jornadas de lucha de 1919. La huelga económica adquirió entonces la naturaleza de una acción política de la clase obrera. En efecto, por sus métodos, extensión y radicalización, la huelga general del 7 de enero de 1936 se convirtió en una huelga general de características con elementos semiinsurreccionales: movilizaciones de masas, enfrentamientos con las fuerzas represivas y el despliegue de una gran solidaridad obrera y popular, poniendo de manifiesto el peso social conquistado por la clase obrera.

Desde las primeras horas de aquel 7 de enero, los obreros de la construcción con el apoyo de otros sectores de trabajadores y de amplios sectores populares se fueron haciendo del control de una gran parte de la ciudad. Los piquetes y las barricadas se propagaron; los colectiveros y tranviarios paralizaron gran parte del transporte y comenzaron las refriegas y enfrentamientos; la violencia de las masas ganaba en intensidad y las fuerzas policiales comenzaban a replegarse ante las acciones de los huelguistas. Las mujeres y los jóvenes desplegaron una energía inaudita y su papel comenzaba a ser un elemento clave de la huelga; se apedrearon trenes, se quemaron ómnibus, algunos trenes lecheros fueron volcados y su carga repartida entre los vecinos. El centro de gravedad de la huelga general se encontraba en lo que los militantes comunistas denominaron como el “Cinturón Rojo obrero y popular”, un enorme espacio geográfico que se extendía por los barrios de Saavedra, Chacarita, Villa Crespo, Paternal, Villa Devoto, Villa Urquiza, Villa del Parque, Flores, Villa Luro, Liniers, Mataderos, Parque Chacabuco, Parque Patricios, Boedo y Nueva Pompeya. El Buenos Aires proletario sofocaba el centro porteño, y sobre el conjunto de la ciudad comenzaba a sobrevolar el fantasma de la Semana Trágica de 1919. La burguesía transmitía esta alarma; desde el diario *Crítica* se informaba que “la vida de Buenos Aires ha estado prácticamente paralizada. Su ritmo nervioso y dinámico, sobre todo en las grandes barriadas, se detuvo en una acción general que no tiene precedentes y cuyo carácter espontáneo ha debido llamar la atención pública y despertar sugerencias”. Por su parte *La Nación* alertaba sobre el “carácter extremadamente violento” de la huelga. Así, la huelga sindical se convirtió en una huelga política y en una decidida acción independiente de los trabajadores que golpeaba de lleno al régimen de La Concordancia.

Mientras gran parte de la ciudad quedó en manos de los huelguistas, el Estado comenzaba a preparar el contraataque; pero la respuesta de las masas no se hizo esperar y desde la tarde volvieron a arreciar los enfrentamientos armados. La huelga fue una batalla abierta en las calles. Uno de los choques más importantes ocurrió cuando una columna de 300 huelguistas se tiroteó con la policía en Av. Sáenz y Cnel. Roca, en el barrio de Nueva Pompeya. En el lugar se secuestraron revólveres y hubo 2 heridos de gravedad que fueron llevados al hospital Penna, donde murió uno de ellos, el obrero panadero Jerónimo Osechuk⁹.

En Villa Urquiza fue muerto por la policía el obrero Santiago Beneker, que había respondido a la agresión hiriendo a 3 oficiales. En Liniers, durante un tiroteo con la policía, fue herido mortalmente el obrero Jaime Chudi. En Nueva Pompeya, defendiendo la libertad de un grupo de compañeros, C. Bonometti se tiroteó con la policía cayendo muerto un agente; detenido y procesado días después, fue condenado a prisión perpetua. Efraín Lach, arrestado por el mismo episodio, resultó condenado a 4 años de prisión¹⁰.

Sumado a las detenciones en los enfrentamientos, se inició una feroz persecución sobre los dirigentes de la huelga y los allanamientos se multiplicaban. Al fin del día 7, el número de presos ascendía a varios centenares. Frente a esta situación, los miembros del Comité de Defensa y Solidaridad que no habían sido detenidos declararon la continuidad de la huelga por otras 24 horas exigiendo la libertad de los presos.

Finalmente, la batalla obrera y popular del 7 y 8 de enero obligó al Estado a intervenir a favor de los huelguistas e impuso la liberación de todos los detenidos. A su vez, logró fracturar la unidad patronal y las empresas debieron pagar los salarios reclamados por los huelguistas, la jornada de 8 horas, la formación de comisiones internas por obra y la convocatoria a paritarias para discutir salarios y condiciones de trabajo. Se reconoció el derecho de los dirigentes a ingresar a las obras para organizar a sus trabajadores y se otorgó el reconocimiento a la Federación. El 27 de enero, una nueva asamblea reunida en el Luna Park resolvió levantar la huelga tras 96 días de duración.

El contundente triunfo obrero impulsó y extendió la organización de los trabajadores de la construcción en todo el país. Los albañiles, que habían recibido el apoyo de la mayoría de los obreros especializados en la construcción, conquistaron la posibilidad de crear un sindicato verdaderamente nacional: la huelga y la victoria obrera galvanizaron a los trabajadores y dieron a sus líderes el prestigio para organizarlos sindicalmente.

Inmediatamente después de finalizada la huelga general que conquistó el triunfo, se enviaron delegados al interior para extender la sindicalización. Entre el 8 y el 10 de junio de 1936, se realizó la I Conferencia Nacional del gremio, con más de 90 delegados representantes de 61 sindicatos. Dicha Conferencia resolvió la creación de la FONC, la Federación Obrera Nacional de la Construcción. Su Congreso constituyente, que se realizó el 11, 12 y 13 de noviembre con la presencia de 76 sindicatos, coronó su transformación en la segunda organización sindical de importancia a nivel nacional, logrando la creación de más de 150 sindicatos de la construcción en todo el país¹¹.

⁹ Carreras, La estrategia de...

¹⁰ Rubens Íscar, Historia del movimiento sindical, Tomo IV, segunda edición, (Buenos Aires: Ed. Ciencias del hombre, 1974), p. 41.

¹¹ Héctor A. Palacios, Historia del Movimiento Obrero Argentino, Tomo II, (Buenos Aires: Mundo Color), p. 58.

Frente a este avance, la burguesía lanzó un nuevo ataque. El 5 de julio de 1936 la Sección Especial de Represión al Comunismo de la Policía Federal comandó el allanamiento al Comité Central del PC, deteniendo a todos sus integrantes, incluido el dirigente Guido Fioravanti¹². Pese al saldo de detenidos, el triunfo de los obreros de la construcción no tenía vuelta atrás.

Los sindicatos industriales y las organizaciones de base

En su investigación acerca del desarrollo de organismos de base en las fábricas, Diego Ceruso realiza un recorrido por los sindicatos de la construcción, metalúrgico, textil, de la carne, gráfico, del calzado y la madera, entre otros. Allí, constata que la organización desde las bases, la elección de delegados en el lugar de trabajo, la formación de comités de fábrica o de obra y el surgimiento de comisiones internas han sido un componente fundamental en el proceso de constitución de la clase trabajadora argentina Diego Ceruso, *La izquierda en la fábrica...*).

Esta investigación, que inicia su recorrido en 1916, demuestra la larga tradición de estas organizaciones, al tiempo que afirma el “salto cualitativo y cuantitativo que se dio en la década de 1930”, donde “Por un lado, el fenómeno de la presencia proletaria en los sitios de producción se potenció con la consolidación del desarrollo industrial. Además, y en relación a ello, los sindicatos por rama cobraron fuerza, situación que les permitió aumentar los niveles de organización del movimiento obrero”. Después de la huelga de la construcción de 1935 y la huelga general de enero de 1936, muchos gremios procuraron capitalizar este “envión” impulsando las comisiones internas y la organización de los sindicatos.

Ceruso verifica, además, la tendencia de la militancia de base a “homogeneizarse en torno a la figura y las funciones de la comisión interna de fábrica” como “estructuras de base, ligadas al sindicato, elegidas por los obreros, que ejercieron el control y la vigilancia de las condiciones laborales y de los convenios colectivos, con funciones de representación frente a la patronal y con la pretensión concreta de institucionalizar legalmente su existencia y funciones, entre diversas características”.

En aquel momento y también hacia comienzos de los años 40, se extendieron los “mecanismos de institucionalización y regimentación de las comisiones internas y ciertas aristas asociadas al ‘sindicalismo de masas’”. Este último buscó, a la par que el reconocimiento estatal, la canalización de la actividad gremial a través de las organizaciones sindicales, tendiendo a regular la actuación de las comisiones internas, abriendo el camino de “una posible merma en la autonomía” de estas organizaciones.

Por su parte, las corrientes de la izquierda cumplieron en este proceso un papel central. En el caso del PC, y siendo que la formación de células de fábrica o taller era su orientación desde mediados de los años 20, el impulso de los organismos de base asumió en su actuación un peso mucho mayor que en el resto de las organizaciones. Este hecho vuelve relevante, por tanto, la consideración del cambio de orientación estratégica que tuvo el PC desde la política de “frente único por la base” hasta la de formación de “frentes populares”, giro que experimentó a partir de la segunda mitad de los 30. Con esta orientación, el PC logró ponerse al frente de las federaciones sindicales más importantes y desarrollar una amplia política sindical y al mismo tiempo avanzar en la “institucionalización” de las comisiones internas, proceso que se profundizó en el gremio textil y de la construcción.

Las direcciones del movimiento obrero frente a la lucha de los obreros de la construcción y la huelga general

¹² A partir de su detención, Fioravanti quedará una vez más al borde de la expulsión del país; la FONC junto al sindicato de la madera impulsaron una campaña de solidaridad, con grandes actos en el Luna Park y el teatro Coliseo. Finalmente, el 14 de agosto se conseguirá su libertad.

La CGT llegó a la huelga general dividida en dos centrales. Antes y después de la ruptura estas organizaciones apoyaron la huelga de los albañiles, y ambas expresaron su simpatía con la huelga general, aunque no la impulsaron ni participaron en su organización.

El 1 de noviembre de 1935 el periódico *CGT* (cuando todavía se encontraba unida) anunciaba que: “la Mesa Directiva de la C.G.T. en sus últimas reuniones consideró con mucho interés la marcha del movimiento, acordándole expresarle sus simpatías por intermedio de un delegado que hizo uso de la palabra en la asamblea que los huelguistas realizaron el martes de esta semana en el Luna Park”¹³ adonde enviaron a Luis Gay, secretario general de la Federación de Obreros y Empleados Telefónicos. Poco después criticaron la forma “un tanto inorgánica” de plantear el conflicto, al ir sumando otros gremios de la construcción hasta hacerla general de la rama, arriesgando “resultados contraproducentes para los obreros, pues habiendo podido una fracción de ellos lograr algo, termina perdiéndolo a la espera de que el beneficio alcance a todos”.

A partir de la ruptura de diciembre, se acentuaron las críticas a los “elementos de afuera [que] están empeñados en utilizar la organización existente desde vieja data para propósitos que sólo ellos se han trazado con criterio exclusivo y que anhelan materializar también por propia cuenta”. Desde el 13 de diciembre, las dos centrales publicaron sus propios periódicos llamados, en ambos casos, *CGT*.

La CGT Independencia apoyó abiertamente la huelga de la construcción planteando que la solución pasaba por la intervención del DNT, criticando “la absurda y contradictoria actitud de las grandes empresas constructoras del país, que tienen constituida una organización para defender sus intereses, pero que no quieren reconocer a los obreros el mismo derecho”, lo que “ha venido entorpeciendo las gestiones conciliatorias del Departamento Nacional del Trabajo”.

Producida la huelga general de enero de 1936 el apoyo de la CGT Independencia se hizo más explícito. Afirmaba que la prolongación de la huelga, iniciada “con el objeto de obtener algunas mejoras elementales y el reconocimiento del sindicato (...) se debe exclusivamente a la obcecación de las grandes empresas constructoras”, rechazaba el manifiesto patronal que le atribuye “móviles políticos” y reafirmaba su carácter “reivindicatorio”. A la vez que resaltaba la combatividad de la lucha, destacaba el rol jugado por el Estado como negociador ante la patronal: “Por intermedio del ministro del Interior, el Poder Ejecutivo de la Nación inició gestiones tendientes a solucionar el conflicto, invitando, al efecto, a los patrones a mejorar su propuesta primitiva”. Destacaba también el rol de la propia CGT en este diálogo: “atendiendo al pedido del Sindicato de obreros albañiles (...) una delegación de la C.G.T., compuesta por los compañeros Luis Cerutti, Francisco Aló e Isaac Pérez se apersonó ante el ministro citado, conviniendo la celebración de una entrevista entre dicho funcionario y los delegados del Comité de Huelga”. A esta entrevista concurrieron los delegados Ángel Ortelli, Rafael Giler y Miguel Burgas, acompañados por los representantes de la C.G.T. mientras reafirmaba su cooperación “a los aguerridos compañeros de la construcción”.

¹³ Todas las citas de los periódicos y boletines que se reproducen en este apartado fueron relevadas por Iñigo Carrera, Nicolás. Ver “Formas de lucha de la clase obrera y organizaciones políticas en la Argentina de los ’30”, Documento de Trabajo N° 12, Bs. As, PIMSA, 2000 y La estrategia de...

Por su parte, la CGT Catamarca no se refirió al conflicto de la construcción en los tres números de su periódico que siguieron a la ruptura, pero producida la huelga general destacaron su importancia llamando a la intervención del Gobierno. Cuando la huelga finalizó concluían: “al comprobar la eficacia de la intervención del gobierno, corresponde, naturalmente, lamentarse de que ella no se haya producido con anterioridad. El hecho de que los obreros realizaran un paro general para lograr que interviniera, está indicando que esa intervención era deseada y hubiera sido aceptada en cualquier momento que se hubiera producido”.

La dirección mayoritaria de la FOSC, el sindicato de Albañiles, Cemento Armado y Anexos, estaba predominantemente vinculada al PC, cuyos principales dirigentes pertenecían a ese Partido, como Guido Fioravanti, Ángel Ortellí, Miguel Burgas, Pedro Chiarante y Rubens Íscar. Si bien en un comienzo alentaron la acción directa, pronto la dirección del Sindicato de Albañiles no solo aceptó, sino que reclamó la intervención del Departamento Nacional del Trabajo. Desde la posición de fuerza que resultó del conflicto, plantearon integrarse en comisiones paritarias con los empresarios y el Gobierno para lograr los aumentos salariales utilizando “los organismos gubernamentales en beneficio del éxito de la huelga”, sin que por eso pudiera “afirmarse de ningún modo que tal posición encerrase una concepción reformista, pues ella no radicaba en esperar que la solución del conflicto partiera de los aparatos gubernamentales que no son más que representantes de la clase dominante, sino que presionábamos con la potencia del movimiento para que se vieran obligados a buscar una solución que estuviera de acuerdo con nuestros intereses”.

La orientación política del PC y de la dirección del sindicato incluyó, además, el impulso de la organización por rama en reemplazo de la organización por oficio, que culminó, más adelante, en la organización de la FONC.

Por su parte, la dirección anarquista de la Sociedad de Resistencia de Albañiles adherida a la FORA y la misma FORA se opusieron a la huelga de la construcción y a la huelga general. Acusaron a los comunistas tanto de connivencia con la policía y la patronal como de seguir las órdenes de Moscú. Para los foristas la política era “no reconocer en ningún sentido y bajo ningún pretexto a la Patronal, ni admitir la intervención del Departamento N. del Trabajo, su agencia o cualquier otro intermediario, y sin tratar de solucionar directamente el conflicto por los únicos interesados directos: por los constructores, empresarios o contratistas, según el caso, individualmente, y por los obreros a través de su organismo de resistencia”.

Destinaron sus ataques también a los anarquistas de CRRRA, quienes dieron a conocer un manifiesto de apoyo a la huelga “porque los anarquistas deben apoyar todo movimiento mejorativista de los trabajadores”, en el que se refieren a las persecuciones que sufre todo el movimiento obrero. En otro manifiesto, expresaban su ubicación: “Junto con los obreros levantados en defensa de las conquistas afirmadas con sacrificio y sangre, codo con codo con los que luchan siempre que el movimiento se engrane y avance limpio de elementos políticos y agentes extraños al proletariado; en tanto los trabajadores desechando el intervencionismo oficialista, se valgan de sus propias armas y de sus propias fuerzas para lograr sus fines”.

Las posiciones de los sectores anarquistas nucleados en la FORA expresaban las ya anacrónicas concepciones contrarias a la organización por rama del movimiento obrero, que los impulsaba a desconocer la más combativa de sus acciones, la huelga general, que se proponía, junto con el logro de mejores condiciones de trabajo, el

reconocimiento de su organización sindical. Estas posiciones denunciaban la negociación con el Estado y expresaban la tradicional concepción antiestatista de la corriente, agudizando sus rasgos más sectarios pues se oponían a un movimiento obrero que podía usar su fortaleza para obtener sus reivindicaciones del Estado.

La CGT, por su parte, se encontraba inmersa en un proceso de ruptura y, enfrentada ante hechos claves de la lucha de clases, no pudo ponerse al frente ni para encauzarlo. Sus posturas apuntaban a atenuar los rasgos más combativos, desalentar las tendencias a la unidad entre los distintos sectores de trabajadores, acotar el alcance de las demandas para, de conjunto, hacer aceptable el movimiento para la intervención del Gobierno y su solución en los marcos institucionales.

En este contexto, los sectores ligados al PC, cuya política impulsaba la constitución de sindicatos por rama de industria, se impusieron en la dirección del movimiento. La negociación con el Estado fue un recurso predominante para lograr el reconocimiento de la organización y de las demandas obreras, y su obtención fue, por cierto, un gran logro de los trabajadores de la construcción. Sin embargo y como desarrollaremos, el PC ya estaba demostrando que el fortalecimiento de estas instituciones sindicales no estaba puesto al servicio de una estrategia independiente para el movimiento obrero ni al de la construcción de un partido revolucionario para la clase obrera argentina.

La clase obrera retomaba con renovada vitalidad la tradición y las prácticas de acción directa heredadas de la experiencia anterior: huelgas y piquetes, movilización callejera y métodos de autodefensa, solidaridad activa y agitación. Sus fuerzas de conjunto habían resultado ampliamente fortalecidas y el nuevo proletariado industrial irrumpía en la vida política nacional en una demostración de su nueva posición. Si el crecimiento industrial y la concentración de la clase obrera creaban las tendencias estructurales para la formación de sindicatos de industria, desde el punto de vista subjetivo, la huelga de la construcción significó un impulso notable al proceso de organización de los sindicatos industriales.

Por otra parte, como dijimos, el contundente triunfo de los obreros de la construcción consolidó a los comunistas como una influyente organización en el seno de la vanguardia obrera, logrando a través de ella influencia en sectores de masas. Además de dirigir la poderosa Federación Obrera de la Construcción (FONC), el PC controlaba la Federación Obrera de la Industria de la Carne (FOIC) y la Federación Obrera de la Alimentación (FOA), el Sindicato Obrero de la Industria Metalúrgica (SOIM), la Unión Obrera Textil (UOT), la Federación Obrera del Vestido (FOV) y, más tarde, el Sindicato Único de Obreros de la Madera (SUOM).

Sin embargo, este importante fortalecimiento del PC se daba casi a la par de haber lanzado su nueva orientación frentepopulista.

Aunque desarrollaremos las conclusiones más generales acerca del papel del PC en lo que sigue, adelantamos aquí algunos elementos. Si bien en los años venideros el PC no logró, más allá de sus distintos intentos, avanzar en la conformación orgánica de un Frente Popular, su política de conciliación de clases, apoyada en el prestigio alcanzado, logró bloquear las tendencias a la independencia de clase que se recreaban

a partir de la huelga general de enero de 1936. Tan solo cuatro meses después de aquellas grandiosas jornadas, el PC impulsaba la realización del acto del 1º de mayo junto a la UCR y los Demócratas Progresistas. Esta política también evitó que el movimiento obrero pudiera aprovechar en los años siguientes para emerger en forma independiente aprovechando las brechas abiertas en las clases dominantes que se produjeron frente los alineamientos internacionales ante la Segunda Guerra Mundial, así como la ilegitimidad del régimen. A su vez, la estrategia de Frente Popular fue arrastrando a los sindicatos conquistados por los comunistas hacia una creciente adaptación al régimen y al Estado.

El proceso de fines de 1935 y 1936 y las tendencias que pondría en movimiento evidenciaban también las tensiones en las que estas se desarrollaban. Las organizaciones que surgían se asentaban sobre la militancia de las bases obreras en las fábricas y, al mismo tiempo, procuraban convertirse en instituciones reconocidas por el Estado y habilitadas para la negociación de las condiciones laborales. El método de la huelga para mejorar esas condiciones extremaba esas tensiones y dio lugar a la expresión de las estrategias de las corrientes que dirigían al movimiento obrero.

Sindicalistas, socialistas y comunistas maniobraban entre las tendencias del movimiento de masas y sus objetivos de establecer condiciones de negociación con el Estado, mientras se consolidaban sindicatos de masas que ampliaban sus funciones. Fundamentalmente, el PC cumplió un rol al delinear un modelo sindical con funciones en el terreno cultural, social y educativo. Con un carácter cada vez más pragmático, fue incorporando el ejercicio de la negociación y de las prácticas de transacción, aceptando el arbitraje estatal a través de la creciente intervención de la Dirección Nacional del Trabajo. Los comunistas fueron subordinando cada vez más las luchas de los trabajadores a estas prácticas, terminando por frenarlas abiertamente, como se verá con más claridad en las huelgas de comienzos de los años 40.